

y domingo de Pascua, vestido escotado, banda de la orden femenina que estableceré (que de seguro llevará el nombre de la Emperatriz), condecoraciones y alhajas. Las damas llevarán la cifra de Su Majestad... Para el Jueves Santo indico vestido alto de seda ó terciopelo negro, y mantilla, banda y condecoraciones. Las damas llevarán la cifra de S. M... Para el servicio en tierra caliente, señalo vestido alto de seda y cifra de la Emperatriz.

— Si Vuestra Majestad me lo permite, le haré notar que el vestido alto de seda para la estancia en el campo, se me figura demasiado embarazoso. Quizás se pudiera relajar un poco la etiqueta como pasa en Compiègne, Saint-Cloud y Fontainebleau...

Reflexionó un poco Maximiliano y luego dijo:

— Quizás tenga usted razón, señora; el clima de la tierra caliente... Bien que no pueda alegarse nunca como jurisprudencia lo que acontece en la corte de las Tullerías, donde se desprecian cosas importantísimas... Grande hombre es mi glorioso aliado Napoleón III, pero en esta materia claudica del todo... Pondremos nada más vestido alto, y la Emperatriz señalará las telas... En cuanto á los hombres, no puede haber consideración: levita y corbata blanca en tierra caliente y en los sitios imperiales...

Siguió explanándome largamente sus ideas en la materia: había que desterrar abusos, que imponer prácticas saludables, que mover y cambiar todo... Los trajes debían

ser de tal manera; los botones eran mejor de este modo que del otro; la servidumbre debía estar formada por gente de tal ó cual estatura. En la misma corte de Austria se habían olvidado pragmáticas muy necesarias; él las pondría en vigor, pues cabalmente guardaba en su poder un ceremonial de Aranjuez en la época de Felipe IV.

El sábado veintiocho de Mayo, después de la arribada forzosa á la Martinica, avistamos el puerto de Veracruz á las cinco de la mañana. Los imperialistas de la siempre heroica se quedaron como quien ve visiones, pues no aguardaban que llegaran todavía los esperados huéspedes; mas tan pronto como la *Themis* disparó la andanada con que hizo saber nuestra presencia, empezaron las priesas, los *agigolones*, las bullas y otras dificultades. A éste le taltaban aún diez varas de follaje; á ésta le sobraban no sé cuántas de tela tricolor que no hallaba dónde colocar. El otro se sentía destanteado porque no había concluído con el arco pendiente; la otra ignoraba la manera de hacer la cortesía. Al de más allá no le llevaban aún la casaca; la de acullá sentía deseos de *asomarse* para verlo todo, pero no de agasajar á los Emperadores; y todos, lo mismo el que había de pagar á los chicos los vivos que saludaran á los soberanos, que el que batallaba con un consonante para *Austria* ó para *indio* (palabras que figurarían en los papelillos que se habían de echar desde los balcones), que el que contaba con quejarse á Sus Majestades de los detes-

tables comportamientos de los franceses que guarnecían el lugar, todo el mundo tuvo que apresurar y mal hacer los arreglos, dejando las cosas frangolladas y sin primor ninguno.

A las dos de la tarde, la salve de ciento un cañonazos que disparó la *Novara* hizo saber que el buque había fondeado en el puerto, y allí pudieron verle los amigos, los hostiles y los extraños, anclado á poca distancia de Ulúa, hacia el sur, meciéndose gallardamente y como aguardando el homenaje que le debía la primera población mexicana, que con tan ardientes voces había llamado á Sus Majestades. Pero ello es que pasaban horas y más horas y no se presentaba todavía el primer imperialista.

— Pero por lo menos debía estar aquí el general Almonte, decía Woll.

— Ha de haberle acontecido alguna desgracia, pues de otro modo ya le habríamos visto. Tenía orden de estar en Veracruz desde el veinte, contestaba Velázquez de León.

— Y S. M. contrariadísimo.

— Y la Emperatriz llena de pena.

— ¡Quién iba á creer en tamaño desacato!

— Los veracruzanos siempre han de ser los mismos...

— Sí; los amigazos de Juárez.

— Los reformistas de tuerca y tornillo.

— ¡Malditos sean!

— Se explica la cosa; como estas gentes se lucran

grandes sumas haciendo el contrabando, no encuentran de su gusto que se establezca un gobierno regular...

— Ya se lo dirán de misas; S. M. no les ha de consentir este abuso.

— ¡Qué va á consentirlo! Esté usted seguro de que les sentará las costuras á estos mentecatos.

— Y les dará muchos disgustos... Pero ¡calle usted!... ¿Me engañan mis ojos?... Sí, sí, por allá hacia la izquierda, se divisan muchas lanchas... ¿Quizá será?... Suenan músicas, se disparan cohetes... ¡Loado sea Dios, hasta que se acordaron de nosotros!..

Eran, en efecto, diez ó doce embarcaciones llenas de algo que no podía distinguirse si era sacos de carbón ó gentes vestidas de negro. Por fin salimos de la duda, pues no tardó en acercarse el bote en que iba Juan Pamuceno vestido de general y con el aspecto más consternado y abatido: Su Alteza (le llamaban así, Alteza, desde que Maximiliano le había nombrado lugarteniente del imperio) había venido desde México, gozoso y satisfecho, repartiendo dádivas, cruces, placas, condecoraciones, empleos y prebendas á cuantos compinches se había topado en el camino, que había gastado quince días en hacer. Se detuvo en Córdova á oirse llamar Monck mexicano, salvador del país, príncipe del imperio y no sé qué otros primores, y aunque el telégrafo anduvo listo para anunciarle la noticia, no pudo Pamuceno llegar á Veracruz antes de las cin-

co de la tarde. Conferenció el mancer con el Emperador, y á poco subieron al salón del segundo puente todos los cagatintas que aguardaban en los botes. Casi todos iban de frac, pero ¡qué fracs, qué pantalones y qué sombreros! todos del año tantos, de la época del almirante Baudin, de Scott y á veces de Lorencillo, y tan mal llevados, tan pobres, tan tristes, tan infelices, que se sentían deseos de tirar de este faldón, de enderezar aquella camisa, de voltear una corbata y de coger de los hombros al interesado para darle una buena sacudida que le pusiera cara de persona y no de espantapájaros.

Un tal Bureau, que llevó la palabra á nombre de todos los *ronds de cuir*, no dijo nada en regla: primero quiso hablar de *casquis*; pero no tardó en enredarse.

«Verdaderamente, mem... mem.. mem... memorable... será el día en que usted... digo Vucencia... digo... Su Majestad... digo Vuestra Majestad entra á México, más bien dicho... á la República mexicana... es decir, al imperio mexicano, ó sea á Veracruz...»

Al llegar aquí el pobre Bureau tenía rojos hasta los pelos del bigote; pero como pudo salió del primer período, en que aseguraba con toda verdad que veía la mano de la adorable Providencia en el hecho de que consintiera quedaran los destinos de la patria bajo el ilustrado y benigno cetro de Maximiliano.

El segundo período iba saliendo bien; pero no sé cómo

Bureau se enfangó en un entrecomado que le quitó la memoria de lo que seguía; entonces se vió obligado á sacar el papel, á requerir unos anteojos de vista cansada, á limpiarse cara y manos con un paliacate más colorado que las creencias de Juárez, y á seguir... con más tropiezos que había tenido hablando de memoria.

La Emperatriz fué más afortunada que el Emperador, pues Bureau no cometió más que treinta y seis equivocaciones en las doce líneas que contenía el manuscrito leído.

A las cinco y media de la mañana siguiente desembarcamos en el puerto. ¡Qué triste estaba! Los arcos á medio hacer dejaban á la vista la manta blanca, las tablas sin cepillar, el cordaje lleno de nudos. Las inscripciones estaban apenas empezadas: «Viv... y Carl Emper... Mex...» «Sois al venir al mexicano suelo, El nuncio de salud que calma...» «Para vos son las...» «Que en Anáhuac sembró la primavera...» «El trono á que os encumbra la...» «Está hecho con almas de leales...» Y luego, ¡cómo caían las telas impregnadas de la humedad de la mañana! ¡qué alfombra tan rota la que estaba tendida en el suelo! ¡qué cortinajes tan marchitos los que flotaban en dos ó tres ventanas! ¡qué aspecto de trasnochados tenían los pobres que hacían la recepción! ¡qué viejos y qué chafados estaban sus trajes!

La que los periódicos llamaron entrada triunfal á Ve-

racruz me pareció la burla más grande de la dignidad real y del indecente que la inventó. Figuraos una columna de sesenta á ochenta personajillos negruzcos, otra de muchachos comentando el caso y riéndose á mandíbula batiendo, y una murga desentonada haciéndose rajadas tras de nosotros, y tendréis idea de aquel cortejo que fluctuaba entre convite de toros y recepción de jefe político. ¿Señoras? Ni para remedio las había; todas se excusaron de presentarse ó ni siquiera dieron excusas.

— ¿Así reciben en vuestra tierra á los Emperadores? No han de gastar mucho dinero ni mucho entusiasmo en ello...

— Señora, es que tan temprano...

— Tarde hubiera sido peor...

Y como notara temblorosa la voz de la Emperatriz, volví el rostro para fijarme en el suyo y ví que se mordía los labios mientras me miraba con sus hermosos ojos inundados de lágrimas.

Poco después llegábamos á Puerta Merced, donde tomamos los trenes del ferrocarril.

Nos desayunamos en la Soledad y seguimos en el tren hasta Loma Alta, donde terminaba el mayor camino de fierro que se conocía en la República.

La primera desilusión en el país la sufrió Maximiliano al ver tendidos á uno y otro lado de la vía destacamentos armados hasta los dientes: pasarían de seis mil

hombres los que estaban escalonados en ese corto trayecto.

— ¿Qué significa, dijo S. M. á Almonte, esa cantidad tan grande de tropas?

— Sire, son las destinadas á hacer los honores debidos á Vuestra Majestad.

— Bien está; pero no había para qué vinieran tantas gentes...

— Oid cuán entusiastas gritan esos charros de chaqueta de gamuza: «¡Viva el Emperador!...» Es la natural correspondencia del «Vive l'Empereur!...» que nos recibirá en aquella tienda de campaña en que vemos unos cuantos uniformes rojos...

— Mas están extendidas estas tropas de manera que corresponda un soldado á cada centímetro del camino.

— ¡Oh, sire, no exageréis! sólo en los lugares peligrosos hay tropa...

— Lo que quiere decir que hay peligro... Lo que quiere decir que el peligro está por lo menos á cada media milla... ¿No me hablabais de la destrucción de las bandas? ¿No me decíais que no quedaban en el país más que amigos del imperio?

— ¡Oh, Sire!...

— ¿No me asegurabais que mi tránsito por el territorio sería una continuada ovación?

— V. M. se convencerá más adelante...

Quien oyó estas cosas me refiere que Pamuceno se mos-

tró afligido, mientras que Maximiliano se puso á reflexionar en lo que veía.



EL GENERAL WOLL

A interrumpirlos llegó Velázquez que llevaba un papel en la mano:

— ¡Victoria... victoria!... ¡México por S. M. don Maximiliano I! Leed el telegrama que me envía Arango y Escandón. «Son las diez de la noche y toda la gente de orden recorre las calles vitoreando el feliz arribo de Sus Majestades el Emperador y la Emperatriz; y desde

aquí saluda con todo el entusiasmo que cabe en pechos agradecidos á los augustos soberanos con que la Providencia divina acaba de dotar á esta nación, antes tan infortuna-

da, pero que en este momento olvida todas sus penas y promete á los Emperadores aquello sin lo cual no pueden existir los imperios, su fidelidad y su amor inalterables.»

— Bien hablado, exclamó Woll.

— Y exacto, dijo Almonte.

Al llegar á Loma Alta, mientras se despedían las autoridades de Veracruz, y presentaban con el Emperador al Licenciado Chimalpopoca, Almonte me llamó aparte y antes de subir á los coches me dijo:

— Saludo á la nueva dama de honor, y celebro el que me toca de ser quien le entregue su nombramiento.

— ¡Cuán buena es S. M. la Emperatriz, repuse, con acordarse de mí! Me honra tanto ese nombramiento, que no puedo menos de sentirme confundida...

— Y más lo agradecerá usted cuando sepa quiénes son sus colegas: mi esposa; Lupe Cervantes de Morán, marquesa de Vivanco; Tula Enríquez, condesa del Valle, y Pepa Aguirre, la mujer de Nacho Aguilar, nuestro ministro cerca de la Santa Sede, acompañarán á usted en la dulce tarea de servir á la más graciosa de las soberanas.

— Y por supuesto, General, que el Emperador se habrá acordado de los distinguidos servicios de usted...

— S. M. ha sido tan bueno, que desde ayer, antes de desembarcar, se sirvió nombrarme gran Mariscal del Imperio y Ministro de la Casa Imperial.

— Hermosos títulos en verdad; pero temo que vayan

á alejarle de la política del imperio, que tan bien conoce usted.

Sin traicionar su emoción más que en la voz, Almonte me dijo:

— En efecto, la conozco un poco; pero más conoce S. M. mis pobres aptitudes y sin duda cree que le puedo servir mejor en esto que en otra cosa... Yo estoy bien donde S. M. me coloque... Pero vamos á lo que quería comunicarle: deseo, y de ello está advertida S. M. la Emperatriz, que marche usted á México para vigilar los preparativos de recepción... Ya ve usted lo que aquí nos acaba de pasar; sería de temer que otro tanto aconteciera allá... Necesitamos, pues, una persona inteligente y activa que arregle y distribuya todo... En este pliego van las instrucciones para usted y carta blanca para los gastos...

Ese mismo día, en una de las rojas diligencias de Casimiro del Collado, que pasó á poco, marché para México, adonde llegué después de tres días.



SEGUNDA PARTE

CAPITULO PRIMERO

Preparativos de recepción

No estaba de incógnito; pero tampoco tenía por qué pregonar mi presencia. Tenía sus peligros ir á un hotel (que de seguro frecuentaban oficiales franceses), ocurrir á uno de mis parientes (que aunque me verían llegar como un don del cielo tan pronto como comprobara mi calidad de dama de honor de la Emperatriz, también me llenarían de compromisos) ó alquilar una habitación aislada, pues no tardarían las gentes en formar catálogos sobre si hice ó no hice, con lo cual perdería toda libertad y quizás me malquistaría con los Emperadores. Me pareció que lo más cuerdo sería buscar una vivienda chica, modesta y barata, que me sirviera